

debida obediencia á su padre con la pérdida de su herencia , y la firme y leal amistad que profesaba á su Emilia con la fe del matrimonio contratado y consumado para su mayor dolor : tan pronto deliberaba abandonar todos los bienes del mundo antes que dejar á su fiel esposa ; tan pronto contemplando los pocos medios que tendría para mantenerla y llegar á sacarla de la casa de sus padres sin un gran perjuicio y total ruina ; de manera que no sabía qué partido tomar , y estaba para darse un tiro por poner fin á tantos sufrimientos , no hallando ya un medio de salir del grave compromiso en que se veía. Emilia por su parte no era menos constante , á pesar

de haber sabido que se trataba de casar á su Fabio con otra ; pero Dios sabe lo que sufría su corazón , y cuánto se culpaba á sí misma de su debilidad y poco talento en fiarse de palabras de un amante , que según ella había sospechado desde el principio que acaso había tramado todo esto para vengarse y dar este sentimiento á su familia. En esta ocasión fue cuando más tuvo que hacer Marciana , no solo en consolarla , sino en evitar una catástrofe , pues quería castigar á la fuerza su criminal debilidad quitándose la vida ; y ciertamente se la hubiera arrebatado ella misma para dar fin á la tragedia , si no se hubiese presentado en aquel acto su amante , el que viéndola en tan

(150)

triste estado, sospechó luego cual debia ser la causa de tan grande alteracion, y estrechándola en sus brazos lleno de ternura, la dijo: ¿Qué significa esto, mi querida amiga? ¿es esa la confianza que haceis de mí? Creed que me haceis un agravio en afligiros de ese modo, pues nadie puede dudar de el concepto que de mí teneis sin haberos aun dado motivo alguno. Pero ¿tan mala idea habeis formado de mis sentimientos que me juzgueis capaz de una felonía con vos, ni de hacer cosa ninguna sin daros parte y sin ser violentado por una fuerza irresistible? No, no, Emilia querida, soi el mismo que fui, y el mismo seré toda la vida; y habiendo logrado aplacarla un poco, la

(151)

refirió despues todo quanto habia ocurrido con su padre, sin omitir la resolucion de desheredarle si no se casaba con la jóven que le tenia destinada. — En seguida prosigue diciendo con ternura á Emilia: Ahora pues, dueño de mi albedrío, vamos los dos á cuentas con reflexion. Si en circunstancias tan críticas y peligrosas no usamos de los lenitivos que aconseja la prudencia para conjurar la tempestad que nos amenaza, veo ya el rayo de Júpiter sobre nosotros, pues conozco á mi padre y estoí seguro de que si abiertamente me niego á complacerle, no hai remedio para nosotros, pues sacrificará su poder y sus tesoros por vernos víctimas de su ira y de su venganza

á los dos. Amor pues me sugiere un ardid para frustrar el rigor injusto de la temeridad y de la violencia: *il faut reculer pour mieux sauter*, dice un proverbio frances, y no dice mal; pues no teniendo espera en muchos negocios, en vez de ganarse suelen perderse, y de esta naturaleza es el punto en cuestion. Permitidme, querida Emilia, obedecer por el momento á mi padre si hemos de ser felices los dos; aseguremos este rico patrimonio, dejadme ser dueño de una dote de consideracion: todo será vuestro sin dejar de serlo nunca mi corazon. De esta suerte tendré los medios que ansio solo por trataros como mereceis, y para daros pruebas del extremo amor que os pro-

feso: mi padre tiene ya un pie en el sepulcro y el otro está muy próximo á entrar en él: faltando este que acibara hoy nuestras satisfacciones, yo os prometo que entonces la que hoy quiere sea mi esposa, no le sobrevivirá mucho tiempo, pues pasará á su compañía para gozar yo libremente de la vuestra como legitima esposa, sin que entre tanto la otra tenga ni merezca de mí otro título y estimacion que la de una ramera. — Es verdad, Fabio; teneis razon en decir que no podreis tener á vuestro lado ninguna muger, escepto yo, que no sea una prostituta; pero vos sereis un adúltero, pues faltando á la fe que me habeis prometido, olvidais el sa-

crificio que he hecho de mi honor por consideraros ya mi esposo, cuando veo que solo habeis tratado de burlaros de mí. No es á mí á quien debiais dirigiros para hacer semejante traicion, ni esa es la recompensa que espera vuestra fiel esposa; y si bajo este título os he servido y amado, tratad vos ahora de agradarme á mí, aliviándome de este peso insoporable de la vida; pues de lo contrario estad seguro que yo misma lo haré, prefiriendo la muerte á tener la pena de ver en compañía de otra á mi legítimo esposo.

Fabio y Marciana tuvieron mucha dificultad en tranquilizar á esta pobre joven desesperada, que abrigaba ya en su corazon el deseo

de su venganza, que tuvo efecto poco despues. Con esta idea, y fingiendo satisfacerla las disculpas de su marido, le dijo que aprobaba el que obedeciese á su padre, siempre que la conservase su cariño, y que á la muerte de su padre diese á su nueva esposa los pasaportes para ir á hacerle compañía en la eterna mansion. Despues decia entre sí misma: de lo contrario te juro que yo marcharé la primera, pero no será sin haber castigado tu infidelidad. — Fabio la promete y jura todo cuanto quiso exigir, mui contento de haberla podido reducir á conformarse con sus deseos; pues al principio, cuando llegó á hablarla, estaba como una loca. A la

mañana siguiente pasó Fabio al aposento de su padre, y le dijo que estaba ya resuelto á complacerle casándose con la que le habia destinado para esposa; y esta declaracion fue con cierta alegria nada exterior que indicaba celebrarla su corazon, y no sin motivo, pues la posesion que habia conseguido de la infeliz Emilia, y el vil interes, le inclinaban ya á la otra sin dejar de tener dos mugeres, prescindiendo de ser esta conducta tan criminal como inmoral.

El padre, enagenado de contento, le abrazó con la mayor ternura, y despues de haber mandado estender el contrato matrimonial, convidó á todos los parientes para asistir á la fiesta del des-

graciado enlace de su hijo el domingo próximo, cuya union fue á todos tan lisongera, como de luto y dolor para la infeliz Emilia, que arrebatada como una loca, y ciegameamente entregada ya á la desesperacion, empezó por enfurecerse contra Fabio, hablando con él en su soledad de esta suerte: ¡Ah cruel, traidor amante! ¿son estas las palabras, los juramentos y los santos lazos de nuestro matrimonio? ¿Tú, infame, tienes valor para dejar á tu legítima esposa, y con una serenidad placentera y sin remordimientos enlazarte con otra? ¿No tenias otra disculpa ni otro medio que el de hacerte criminal ante Dios y el mundo por obedecer á tu padre?... Pero no

es esto lo que te aleja de mí, sino el apetito desordenado de tu corazón inmoral, de tu bestial pasión. ¡Ah, mónstruo! bien has demostrado no hace mucho en tus mismas espresiones la maldad y negra perfidia que abriga tu corazón: sí; tú eres un ser vomitado por los infiernos para tormento de la humanidad, para azote del género humano. ¿Qué amistad, qué amor, qué cariño puede esperar ningun mortal de una fiera como tú, de un tigre sanguinario? ¿Tu misma lengua no ha pronunciado ya la sentencia de muerte contra una inocente que no conoces, contra una cándida paloma que va á darte la mano de esposa? Y tú, hombre feroz, ¿la recibes para que se

encuentre ya en la tuya el puñal que en su seno mui en breve piensas ver sumergido y ensangrentado? ¡Ah, jóven infeliz! tú experimentarás su crueldad, asi como yo, aunque ya tarde, veo su traicion y perfidia! ¿Y piensas aun, hombre ingrato y perjuro, que yo he de fiarme de tí, habiendo tantas veces envilecido tu alma con la infraccion de tus juramentos y violacion de tu prometida fe, para arrebatár su honor á tantas doncellas? ¿Crees tú que Emilia es una de esas mugeres sin pudor que admiten los halagos de cualquiera hombre como los de su marido? ¿Y qué serias tú en mi lugar sino una fiera rabiosa, viéndote abandonado y despreciado públicamen-

te por casarme con otro viviendo tú y siendo mi esposo? Y si esto es así, ¿qué efecto no debe producir en una muger, en una señora de mi clase, que no tiene otro delito que el de amarte y haber creído tus juramentos con tanta inocencia y sinceridad? ¡Hombre inicuo! ¿eres tú acreedor al justo título de marido, siendo un adúltero para mí, despues de verme engañada por tu falso amor? Si hubiese sido una persona estraña la que me quitase la estimacion y me robase mi honor, entonces no me quejaria tanto, á imitacion de Hypsiphile, viéndose abandonada por el conquistador del Toison de oro; mas el que á mí me ofende es un ciudadano romano, es mi marido,

el hombre único á quien consagré mi cariño, mi libertad, el que me juró su fe; y en fin, el que ha triunfado de mí, despreciando el nudo santo con que solo podia haberme burlado, y hacerme hoy padecer tan duras penas, que preciso será pongan fin á mi miserable vida. — Despues de haberse explicado en estos términos, no dejó rincón en su cuarto donde no mirase, creyendo hallar alguna espada ó arma cualquiera para suicidarse; pero viendo que su Aya la seguia por todas partes, y que no podria en su presencia ejecutar fácilmente sus designios, la dijo: ¿Crees tú, Marciana, que mi pena sea tal, y que mi desesperacion llegue hasta el grado de atentar

yo misma contra mi vida? No, no, querida Marciana mia; no lo temas: mis ojos inquietos y errantes en todas direcciones, estas miradas tan inconstantes como diligentes que ves, no son sino los efectos de una irritante exaltación. ¡Ah! el infame! y qué gozoso no estará ahora con su segunda esposa, mientras yo peno entre suspiros y angustias por un hombre sin honor ni conciencia, que trata de hacer otra víctima como yo. ¡Ah! si pudiese emplear el arte y la ciencia de la sabia Medea, Fabio fuera mio solo, y yo me vengaria del mal que me hace el viejo de su padre, y de la que me ha robado sin derecho alguno lo que es mio. Yo te aseguro, querida

Marciana, que si pudiera, convertiria su baile y su festin en luto y llanto, y haria cosas que jamas se habrian visto bodas más tristes ni más desgraciadas; pero ya que no pueda hacer esto, en el caso de abandonarme Fabio enteramente por su nueva esposa, ya tengo resuelto lo que he de ejecutar para castigar la poca discrecion con que he obrado, dejándome dominar únicamente bajo el título de la buena fe. Dios os de sabiduría y os deo Tomad ejemplo en mí, jóvenes inocentes, y escarmentad: despreciad, no deis oidos á las caricias de los hombres: la credulidad de nuestro sexo es la causa de todos nuestros males: mirad la triste posicion en que me veo por



haber prestado mis oídos á la seducción; sus ardidés son irresistibles á la inesperienza de una jóven, si no desprecia sus falsos suspiros y palabras: los hombres son lobos con capa de oveja mientras logran nuestros amores; mas despues esta debilidad suele ocasionar nuestra perdición por justo castigo de la que se entrega ciegamente á una pasión, sin prevenir el resultado de sus desórdenes. Si Dios no se apiada de mí, no es fácil que yo me libre del precipicio en que me ha sumergido la inaudita maldad con que he sido engañada por este mónstruo.

Todo esto lo decia para fascinar á Marciana y desvanecer en ella la sospecha de que atentaba

contra su propia vida, y que trataba de vengarse del que tan vilmente la habia vendido. Su Aya, que creia se calmaria la ira de Emilia con palabras dulces y lisongeras como de costumbre, la recuerda la promesa de Fabio, y la dice que no tardará en ver el fin; que tenga solamente ánimo, y que no estará tres dias sin tener visita de su esposo. — Eso será (dice Emilia entre dientes) mui malo para él, pero de mucho placer para mí. — Despues dice á Marciana: mucho me alegraria que fuese hoy mismo, para que me informase de las gracias de su nueva esposa: hacedle, pues, venir lo mas pronto que podais, para que cese la pena que me martiriza: su Aya fue á ver á

Fábio, le refirió todo lo ocurrido, y algunos dias despues este miserable amante fue á ver á la que no deseaba mas que sangre y esterminio; pero le recibió con tal alegría, luego que le vió, que tanto él como Marciana creyeron que solo con esta visita habia sido disipado todo el furor de que Emilia se hallaba poseida: mas ésta, despues de hacerle un saludo lleno de térnura, para ocultar la ira y sed que su volcanizado corazon abrigaba, sin poder apenas sofocar por cortos momentos la llama que los celos igualmente atizaban en su pecho, se entretuvo en hacerle algunas preguntas, con semblante risueño y aparentemente pacífico, sobre los esponsales con su nueva

esposa, mezclando, sin poderse contener, algunas espresiones har- to satíricas y picantes, que á otro (no siendo un estúpido ó ciego amante, que comunmente privado por su locura del uso de sus sentidos, suele no ver, entender ni oír) le hubieran hecho conocer que aquella infeliz estaba arrebatada por un secreto impulso, y que su corazon no aspiraba ya á estrechar en sus brazos á un perjuro indigno de su amor.

Para asegurar mejor el suceso de su ansiada venganza, le permitió acercarse á ella, en cuyo instante, aunque con una risa sardónica, que desmentia el contento que queria aparentar su alma inquieta: ¡Cómo! ¿aun pretendeis abusar de mi candidez, habiendo

cometido una falta tan reprehensible como irreparable? No, Fabio, daos por contento de veros aun en mi presencia, mientras no me vea satisfecha de tan grave ofensa. — Fabio, al oír espresiones tan penetrantes, dictadas por un corazón gravemente herido, enmudeció, temeroso de irritarla; mas no necesitaba Emilia mas fuego que el que ya la abrasaba; y viéndose atacada en el momento, que ella deseaba, del furor de los celos y de todas las pasiones desencadenadas, figura un contraste del amor arrojándose de improviso á Fabio, y crugiendo repentinamente sus dientes de rabia, le sumerge un puñal en el corazón, diciéndole: *Justo es, Fabio, que tengas*

*dos corazones, pues que son dos tus esposas: el mio fue todo tuyo, y el tuyo debió ser para mi sola.* — No le dió tiempo á oír ni contestar; pues fue tan profunda la herida que abrió en su pecho, que partió al otro mundo sin pestañear. — Ahora marcha, traidor, seductor infame, continúa Emilia, vomitando fuego de sus ojos, vete á hacer compañía en los infiernos á tus secuaces, y deja de perseguir á la virtud, de la que me habias separado abusando de mi inocencia. — Concluidas estas espresiones despierta á Marciana, que dormía en una pieza inmediata, y ésta cree ser sueño cuanto mira; pero por desgracia conoce ser todo realidad; y al hallar á E-

(170)

milia con el puñal ensangrentado en la mano, quiso, por un impulso natural del terror, gritar; pero Emilia, desmelenada, furiosa y desesperada, se arrojó á su garganta, diciéndola: Espera, espera, infeliz, el fin, y despues grita cuanto quieras: tú sabes lo que ha pasado con este mónstruo, y la traicion que ha hecho á una muger de mi pundonor y delicadeza; ya he castigado su delito, y solo me resta vengar su muerte en la desgraciada que es la causa: decir y hacer todo fue uno, pues al momento pasó con el mismo puñal sublanco y delicado pecho, sin poder pronunciar al caer mas que un triste á Dios á Marciana, quien aturrida, asombrada y temblando al ver

(171)

una catástrofe tan horrorosa, y sin mirar al peligro en que se hallaba, se puso á gritar tan descompasadamente, que todos los de la casa acudieron al sitio de donde salia la voz exánime; y viendo el padre un espectáculo tan trágico en su hija, bañada en su sangre y la de su amante, se quedó estatua fria de mármol, inmóvil por largo rato, hasta que al fin, rompiendo el silencio, Dios sabe los gritos, las lágrimas y lamentos en que prorumpió este buen anciano al verse privado de la hija única que tenia para su sucesion; y no hizo menos extremos el padre de Fabio, luego que se divulgó el hecho por la ciudad; pues conociendo que él era la causa de estas desgracias por

su rencor y temeridad , empezó á sentir los crueles efectos del remordimiento, y perdió la tranquilidad del espíritu, que hasta entonces nada habia podido perturbar: perdió la fortaleza de su carácter; y arrepintiéndose de haber abrigado tanto tiempo las pasiones del odio y de la venganza , se reconcilió con el padre de Emilia , aunque tarde , para consolarse mutuamente los dos.

Ved aquí, jóvenes incautos, el precipicio á que conduce una pasión fundada solo en ilusiones pasajeras, y cuál es el fruto de un árbol mal cultivado. Mirad como Dios castiga á los hijos que sin permiso ni consejo de sus padres contratan reservadamente su en-

lace. Ciertamente , las cosas que se hacen precipitadamente y sin reflexion , producen mui frecuentemente el efecto de un sensible arrepentimiento; y en su remedio publico esta historia, para que sirva de espejo y ejemplo á la incauta juventud la desgracia de estos infelices , que mal aconsejados y sin esperiencia creyeron labrar su felicidad con darse simplemente la mano; mas sacudiendo el yugo de la obediencia , eligieron el camino de su perdicion , á pesar de haberse amado con tan santos fines, pues les faltó la reflexion y prudencia que necesitaba semejante resolucion.